

Domingo Melfi

ANCLADOS EN LA RÍA

ENTRE las dunas de una costa desolada y los cerros ásperos y boscosos, que erguían su duro perfil, se ensanchaba la ría profunda. Todo se calmaba allí, en ese refugio propicio, y el agua estaba de ordinario inmóvil. Un agua verde, espesa, que reflejaba hacia las orillas el oscuro misterio de los bosques, el cielo impasible, los chalets minúsculos, el casco de los barcos en reposo y las velas enroscadas de los grandes lanchones que esperaban los vientos propicios para salir al mar libre.

Detrás de la ría, hacia el sur se agrupaba la ciudad gris, diseminada sobre los cerros, en barriadas sórdidas, o bien en el plan, en calles rectas y polvorientas, interrumpidas por la nota verde de los jardines. Una línea blanca, movible e hirviente ceñía hacia el norte, la inmensidad desconocida y pavorosa. Las dunas grises que cerraban la ría, evocaban el mundo confuso y entenebrecido de la vida. Eran arenas tristes, impresionantes, como el límite de un desierto. Empezaban allí quizá las costas abruptas que oprimían la vehemencia del oleaje y se extendían hacia el Pacífico del norte, hacia las tierras calientes y perfumadas.

A veces sobre la ría aullaba persistente el viento del mar y entonces una inquietud medrosa, combaba y descombaba el agua de la ensenada y hacía cabecear los barcos inmóviles. Era un viento poderoso, ancho y soberbio. Un viento vertiginoso que traía entre sus inmensos derrumbes las esquirlas y los fragmentos de las voces que sonaban más allá de las riberas pobres que cerraban la ría. Tal vez mundos desconocidos y puertos hirvientes se habían estremecido bajo la furia de ese viento que venía a desvanecerse sobre la ciudad silenciosa, al costado de los barcos abandonados a los cuales agitaba con una ilusión de vida y en las riberas boscosas que oprimían el curso profundo del río hacia el mar...

Por las noches, un cielo bajo abrumado de estrellas descendía por detrás de los cerros. Los fanales rojos de los barcos, semejantes a pupilas sanguinolentas, se movían apenas en el espesor negro de la ría. Sólo del lado del infinito, en el viento libre, venía el jadeo profundo, sordo, insistente del mar. Queja distante, sin vértigos, solitaria, semejante al redoble de lejanos tambores... Ese rumor cuneaba el sosiego de la ciudad dormida en su sopor de siglos. Ni inquietudes ni tormentas. Lo mismo que en las almas enfosquecidas de los barcos que, anclados en la ría, miraban agitarse a lo lejos el oleaje férvido, sobre un horizonte salpicado de esperanzas...

En el atardecer se acercaban hasta el muelle algunos hombres ya sin ilusiones. Cada uno de ellos tenía su pequeño barco, anclado en la ría, y que era como el espíritu de sus cuerpos monótonos. Allí estaban en

reposo, con las proas enderezadas hacia el límite, en espera de lo inesperado. Sus cascos sumergidos en el agua verde se llenaban de algas y de légamo y en sus vientres que no hinchaba ninguna esperanza, dormía, cubierta de telas de araña, la última aventura...

Creían, ilusionados, haber tocado el borde de la audacia, saliendo un día mar afuera, prisioneros de las costas, cuya línea sinuosa seguían con una emoción transida de temores. Toda su arrogancia de aventureros estaba sometida al perfil de la ribera, de la que no intentaban separarse; pero más allá el horizonte cubierto de bruma en los días grises o diáfano y propicio en los días estivales, no lograba atraerlos ni emocionarlos... Y cuando a veces los tumbos irónicos o el viento sarcástico del mar los arrastraba lejos y se sentían envueltos de soledad — la soledad esplendorosa y magnífica del mar —, hacían alto y enfilaban, jadeantes y temerosos, hacia las caletas cercanas. Con las primeras sombras de la noche echaban el ancla en la ría segura.

El muelle estaba lleno de cuerpos, en la espera ansiosa. Ellos a medida que trepaban por la pequeña escalera, ponderaban las penurias o las alegrías del viaje. Hablaban de regiones desconocidas, de misteriosos encuentros en el mar, de barcos piratas que pasaban con rumbo a las tierras frías, de inmensas aves fantásticas, y todos juntos, después de abrazarse, regresaban por las calles polvorientas, hacia sus viviendas.

Entre tanto, el espíritu anclado en la ría, irónico y hastiado, soñaba inútilmente, bajo las estrellas remotas, con el prestigio del mar libre y de los horizontes inacabables...

Yo tuve allí mi espíritu anclado en la ría. Una noche me cogió la tempestad, de improviso. Yo nave-

gaba sin inquietudes, con las velas de mi fantasía hinchadas a un viento desconocido. Al atardecer, el mar se tornó sañudo. Grandes olas azotaban de babor y estuve a punto de zozobrar. Pero estaba cerca de la costa, ví las luces y me enderecé como pude hacia la ría. Alcancé la parte limpia y tranquila y allí me apresté para pasar la noche. Pero ¡ay! aquella ría era como la cadena del forzado y yo debía permanecer allí, con el ancla sumergida en el fondo, una larga etapa.

Los primeros días fueron de curiosidad. El mar hervía, afuera, lleno de rabia. Grandes olas jadeaban y se deshacían frenéticas. Pero yo me sentía a cubierto de las oscuras acechanzas.

—Cuando se calme — me decía —, cuando se calme... entonces surcaremos de nuevo ese mundo de esperanzas.

Cerca de mí, otras barcas, otros espíritus... parecían dormir. Pensé que no les inquietaba el mar. Una noche cabeceó junto a mí una lancha pesada y enorme. Como empezaban a lucir las estrellas, cruzamos algunas palabras.

—Ha llegado Vd. de otros mundos — me dijo — quizá más inquietos que éste... Pero aquí la vida es agradable y está al abrigo de toda emboscada.

—Es verdad — respondí — es tranquila esta vida... ¿Pero es posible vivir siempre así?

—¡Bah! — replicó — ¿no lo ve Vd?...

Había muchas barcas iguales, tranquilas y felices. Por lo menos me lo parecieron. Todas tenían el aspecto de lo inerte, de lo interminable. Aun cuando sus cascos se desgarraban bajo el agua, ellas parecían ignorarlo.

—¿No les tienta el mar?... ¿la amplitud de los horizontes?—pregunté.

—¿Para qué? — respondió —. Se vive tan bien al abrigo de las sorpresas.

Nuestros cuerpos, entre tanto, vagaban en la ciudad silenciosa, en el refugio de las calles, en el abrigo

de los interiores tibios de las casas. Nos sentíamos bien, como impregnados de una dicha inmóvil y envolvente.

Cuando el viento del mar se ponía terco y áspero, nos refugiábamos en algún bar y allí, entre el rumor de la música, bebíamos y brindábamos hasta tarde, por la dicha suave y sin inquietudes. Nuestros espíritus, prisioneros y encadenados en la ría, frente al mar libre, se cuneaban al soplo del viento.

Una tarde, una voz cálida y acariciante como la de una mujer—era ciertamente la voz de un espíritu femenino — me dijo:

—¿Quiere Vd. que salgamos un día de estos?...

—Cuando quiera — le respondí —. Y agregué: Quisiera abandonar de una vez esta ría... Volver otra vez al mar... Debo marcharme.

— Todos debemos marcharnos — me contestó — pero antes es preciso estar muy seguros... Aquí la vida, Vd. lo ha visto, es suave y sin impacencias. Un refugio como éste, le será a Vd. grato. Somos hospitalarios. Además el mar es peligroso, es pérfido. Evítelo.

— Creo que en el peligro — le objeté — está todo el secreto de la vida. La inmovilidad nos cubre de herrumbre, nos mata poco a poco...

— Es que Vd. no conoce el encanto de esta vida tranquila, la dulzura de esta quietud. Para saber del mar, a nosotros nos basta con salir un poco más allá de la ría... ¿Para qué aventurarnos locamente en la incertidumbre y el peligro?...

Y he aquí que lentamente, esa voz y su prestigio penetraron en mí como un brevaño capitoso. Mi cuerpo se distendía en una tibia modorra. Se hacía dulce a las curvas que lo penetraban. Surgieron pequeños amores, suaves horas de olvido, sensaciones que se acomodaban poco a poco en mi organismo y por las cuales suspiraba a veces, de improviso. La atmósfera me envolvía, me apresaba, me llenaba de pequeñas y

sutiles cadenas y mis pies solían olvidar el camino del muelle, en donde mi espíritu, colérico y entristecido, soñaba bajo el resplandor de las estrellas...



Algunas noches — muy raras es cierto — solía llegarme hasta el muelle, para contemplar mi espíritu anclado en la ría. El ladrido lejano de los perros y el sordo rezongo del mar en la noche negra, apenas me estremecían. Allí entre otras barcas, medio hundidas, la mía, mi pobre barca liviana y vehemente, se balanceaba todavía gallarda y ávida de horizontes.

Al verme, gritaba:

— Ven... de un salto... por encima del muelle...

Yo temblaba, tímido, cobarde y luego intentaba justificarme:

— No... aun no... El tiempo está todavía amenazante y duro...

Y ella la pobre barca, liviana y vehemente, se balanceaba con furia, azotando a las otras barcas ya casi hundidas.

—¿No ves cómo se pudren? — tornaba a gritar, fuera de sí—. ¿No ves como el casco está mordido por el orín amargo del temor?... Decídete... Abandona de una vez esa torpe molicie...

Pero las cadenas chirreaban en mis pies viajeros y mi corazón parecía estar oprimido por el légamo que pudría las barcas pequeñas de la ría...

Y cosa espantable, inaudita. Igual que las otras barcas, sin duda, yo sentía, con un temor vago y confuso, que mi corazón se volvía poco a poco insensible para el insistente llamado del mar hipnótico, para el ancho espacio líquido que salpicaba mis sueños, para los vuelos largos y tenaces de las gaviotas que rozaban, sin temor, las olas férvidas y violentas.

—Mañana— me decía débilmente —, sí, mañana...

Y arrojaba sobre mi espíritu, aprisionado en la noche de la ría, mis alaridos estériles. Le arrojaba puñados de mis esperanzas agonizantes, trozos de mi corazón entenebrecido de angustia, con una irritación interna y salvaje. Hubiera querido dar el salto definitivo... pero mis pies estaban oprimidos por invisibles raíces y mis brazos inmóviles parecían muñones de alas.

Me unía a veces, con otros cuerpos, en las noches tibias, y juntos nos dirigíamos al muelle y allí nos poníamos a contemplar nuestros espíritus encadenados en la ría maléfica.

De pronto solían venir en el viento que soplabá del mar, largos aullidos, voces insistentes y feroces, llamados que vibraban sobre el jadeo del océano, en el borde del infinito sombrío. Escuchábamos un instante.

— Son espíritus perdidos en el mar, víctimas de su imprudencia...—decían a mi lado voces ambiguas.

Pero mi espíritu, abajo, interrumpía con voz agria:

— No ... no lo creas... Son espíritus valerosos que llevan un rumbo libre, aún a costa del terror de la noche... Ellos no pedirán refugio, en el pérfido reposo de esta ría, porque sus esperanzas brillan sobre el barco.

Y con voz estridente me invitaba:

— Imitémoslos ... Salgamos de una vez... Este muelle, esta ensenada son horribles... Es la muerte...

Y sobre el muelle, respondía otra voz irónica:

— Ilusiones de barcas encadenadas ... Aquí por lo menos está la seguridad, el refugio tranquilo, sin sobresaltos. ¿Es que ha olvidado Vd. la leyenda de las sirenas? ...

Dejé de ver mi espíritu . . . No volví al muelle. Puede decirse que lo abandoné. Después de todo . . . ¿para qué me servía en la ciudad polvorienta? . . . Mi cuerpo se cubría de herrumbre y una lasitud oleosa y mórbida envolvía poco a poco mis miembros. A veces un brusco impulso, como el regreso de un obstinado pensamiento, sacudía mis nervios, pero lo aplastaba bajo la sorda presión de la vida monótona, en la que flotaba, medio agonizante, mi voluntad desarticulada. Unas mujeres airoas calmaban mis bruscas impacencias. Me llenaban de ilusoria ternura y me embriagaban con sus besos sin exaltaciones. . . Mesentía bien. Heroico sin heroísmos. Altivo sin cumbres. Otros cuerpos se volvían beodos, se arrastraban en la embriaguez y en el vicio. Muchos, ásperos de perfidia y de egoísmo. Algunos, negros de maldad y de abyección. Pero vivía revuelto con todos ellos, sintiendo latir sus vidas junto a la mía.

De improviso, al modo de una voz olvidada, estremecían mi memoria los recuerdos de días lejanos de diafanidad y de esperanza. Entonces, en un impulso de rebeldía y liberación, trepaba como sobre mi propio cuerpo y salía hacia las plazas para contarles a los cuerpos allí reunidos, historias rápidas y perfumadas, de otro tiempo.

— Una vez — comenzaba — en la ciudad de . . . Y ellos reían . . .

— Esos son cuentos . . . patrañas — exclamaban.

Habían olvidado ya que yo venía de otras tierras.

Yo también reía. Pero mi risa era ácida y amarga y por las noches, a solas, sufría el dolor de la incomprensión, el oscuro dolor de no encontrar cuerpos capaces de latir con el mío . . .

Y no me atrevía a dirigirme hacia el muelle para dialogar con mi espíritu.

Pero he aquí que una noche, pasado el largo paréntesis, decidí volver al muelle. Noche de fiebre y de

romanticismo. Noche de mar, abrumada de estrellas, negra y brillante. Mi corazón se retorció de fastidio y aullaba como el mar en la soledad de su abrupto acantilado. Tuve la evidencia de que era la noche definitiva, la noche del heroísmo y de la salvación. Yo estaba solo en mi cuarto, cuando me pareció escuchar el llamado largo y solitario, cuyo eco se clavó como un puñal en mi carne amodorrada. Y de un salto estuve en la calle y corrí hacia el muelle. Pesaba el aire en la ciudad y en las esquinas áridas y solas ví acumularse todo el horrible tedio de vivir. Cerca del muelle, sobre la ría, unas luces rojas y amarillas vacilaban en el aire. El cielo estaba tan cerca, con su carga de estrellas, que me pareció que iba a desplomarse sobre mi cabeza.

Me acerqué a la borda del muelle y lancé un grito. Acababa de ver mi espíritu, hundiéndose poco a poco. Como los otros, su casco podrido quizá y mordido por el orín amargo del fondo, no podía ya resistir.

Grité hacia abajo, enloquecido. Llamé con mi corazón desesperado y sangrante y me trepé sobre la borda. Me respondió una voz débil:

— Ya lo ves ... nos hundimos... Creo que has llegado tarde...

— No. no ... Oh...no digas eso. ¿Tarde?... Espera ... Debemos salvarnos... Salir al mar libre... Oh... ahora sí... Aunque sea para hundirnos...pero en la mar libre...

En el intervalo de silencio, el viento áspero del mar arañó en la costa abrupta de la ría y jadeó soberbio entre los barcos. Parecía la voz colérica e impaciente de alguien, que nos llama desde lejos y por la última vez.

Entonces de un salto me lancé al fondo de la barca, al fondo de mi espíritu ya en trance de desaparecer. Toda la noche estuve allí arrojando el agua fangosa que acumuló el tiempo inactivo y gris y limpiando del légamo y del moho mi abandonado espíritu. Una ter-

nura indecible y una voluntad sobrehumana, me dieron una energía que no conocía. Las otras barcas sonreían... Murmuraban punzantes ironías... Se estremecían en sordas reticencias. Compadecían mi locura. Yo ciego para las ironías, ciego para el mal, ciego para la ciudad que el alba empezaba a dibujar sobre el horizonte, aceleraba mi trabajo. Las algas implacables y recias como los tentáculos monstruosos de un pulpo, se habían trenzado en torno del casco. Pero no sé qué energías vibraban en mi espíritu y en mi cuerpo, superiores al desaliento y a la muerte, y antes que el primer rayo de sol untara la superficie del mar, lentamente, como un ave que los vientos agrios de la noche han arrojado maltrecha sobre la costa, mi barco surcaba el agua inmóvil de la ría, en demanda del mar libre...